

Homilía en la Jornada Diocesana de la Familia

Catedral de Barbastro, 8 de enero de 2012

Siento una gran alegría al acogeros en esta Iglesia madre de la Diócesis para celebrar la Jornada Diocesana de la Familia.

Aquí estáis representados todos los Arciprestazgos de la Diócesis con sus Parroquias. Y cada uno se ha encargado de animar un momento concreto de esta celebración. En ella estamos reviviendo algunos signos bautismales, como la renuncia al mal y la unción con el Óleo de los Catecúmenos, la bendición del agua y la profesión de fe, haciendo un vivo recuerdo de nuestro Bautismo y Confirmación.

Los niños que estáis preparándoos para participar plenamente en la Eucaristía y los jóvenes que estáis en el camino de la Confirmación también vais a protagonizar ese momento clave de nuestra iniciación cristiana a través de la señal de la cruz y con el agua que bendeciré después de la homilía. Luego, os rociaré a todos con esa misma agua.

La gran familia que formamos la Iglesia Diocesana de Barbastro-Monzón, representada por todos vosotros, se reúne en torno a la mesa de la Eucaristía para celebrar la Cena del Señor. Para mí, este encuentro constituye una gran alegría. Gracias por estar aquí; gracias por el esfuerzo que habéis hecho.

Doy tanta importancia a esta celebración que he mandado suprimir todas las otras Misas que se celebran en la ciudad de Barbastro a esta hora; lo mismo que hago en el Martes Santo, cuando se celebra Misa Crismal. Nuestra celebración hoy tiene un significado especial: es la familia diocesana junto a su Obispo, sucesor de los Apóstoles, que ofrece a Dios la gran acción de gracias de la Iglesia.

Este gesto nos ayuda a superar el sentido meramente local o parroquial de cada Eucaristía, abriéndolo a la comunión con la Iglesia universal, presidida por el Sucesor del apóstol Pedro y realizada entre nosotros en nuestra Iglesia diocesana. Este gesto abre nuestro horizonte, universaliza nuestra fe y hace que nos sintamos unidos por medio del Obispo a toda la Iglesia.

Celebramos esta Jornada Diocesana de la Familia en la fiesta del Bautismo del Señor. En el río Jordán, Jesús es proclamado Hijo predilecto de Dios, las aguas son santificadas, el hombre es purificado y se alegra toda la tierra.

Aquel acontecimiento supuso para Jesús el fin de una vida en silencio y el inicio de su actividad mesiánica: *Apenas salió del agua*, nos dice el evangelio, *... se oyó una voz desde los cielos: «Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco»*. Los cuatro evangelistas relatan este momento.

Sobre Jesús el Padre ha hecho descender su Espíritu para que, tal como nos dice la primera lectura: *«traiga el derecho a las naciones... Promoverá fielmente el derecho, no vacilará ni se quebrará hasta implantar el derecho en la tierra y sus leyes: abrirá los ojos de los ciegos, sacará a los cautivos de la prisión, y de la mazmorra a los que habitan en las tinieblas»*. La segunda lectura reafirma el cumplimiento de este anuncio: *«Pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él»*.

Os invito, pues, a revivir el Bautismo, en el que fuimos hechos hijos de Dios y comenzamos a formar parte de la gran familia de sus hijos, que es la Iglesia. Es lo más

grande que ha acontecido en nuestras vidas: ¡somos hijos de Dios y hermanos de todos los hombres, llamados a construir un mundo más humano, más fraterno!

Lo más importante de nuestra vida es ser hijo de Dios; más que ser sacerdote u obispo. A mí me da mucha devoción besar la pila bautismal de mi Parroquia en la que fui bautizado. Lo hago cada vez voy a mi pueblo. También he besado la mayoría de las pilas bautismales de vuestras parroquias.

Todos o casi todos los que estamos aquí hemos recibido el don de la fe a través de esa prolongación doméstica de la Iglesia, que es nuestra familia. En la familia, nuestros padres y abuelos, junto con nuestros padrinos del Bautismo, nos han transmitido lo que ellos también recibieron: la fe en Jesucristo resucitado. ¡Qué agradecidos debemos de estar a nuestra familia! Por medio de ella, con la recepción del Bautismo, nos incorporamos a la gran familia de los hijos de Dios, la Iglesia.

Hoy la familia pasa por momentos delicados. Todos nosotros estamos convencidos de la importancia que tiene la familia. Los jóvenes, cuando se les pregunta, destacan que la familia es la institución más importante para ellos.

Hace pocos días, el Cardenal Rouco, en la homilía de la Misa de la Jornada de la Familia, recordaba unas palabras del papa Juan Pablo II, que no pueden caer en el olvido: «en un momento histórico en que la familia es objeto de muchas fuerzas que tratan de destruirla o deformarla, la Iglesia, consciente de que el bien de la sociedad y de sí misma está profundamente vinculado al bien de la familia, siente de manera más viva y acuciante su misión de proclamar a todos el designio de Dios sobre el matrimonio y la familia, asegurando su plena vitalidad, contribuyendo de este modo a la renovación de la sociedad y del mismo Pueblo de Dios».

¿Qué hubiera sido de nosotros sin el calor de nuestra familia? De ella hemos recibido la vida, el cariño, la educación... Y en ella hemos aprendido a amar, a respetarnos y a querernos.

En la familia cada uno aporta lo que tiene y recibe lo que necesita: tanto el niño recién nacido, el anciano o el enfermo terminal, como los padres... En la familia, todo se comparte.

Nos dice el Papa que «el futuro de la humanidad se fragua en la familia. Por consiguiente es indispensable y urgente que todo hombre de buena voluntad se esfuerce por salvar y promover los valores y exigencias de la familia». Lo queremos expresar con el lema de esta Jornada: *Si sabes dar cosas buenas a tus hijos, pásales la antorcha de la fe.*

Benedicto XVI califica a la familia de patrimonio y bien común de la humanidad: «Todos los pueblos, para dar un rostro verdaderamente humano a la sociedad, no pueden ignorar el don precioso de la familia, fundada sobre el matrimonio. La alianza matrimonial, por la que el varón y la mujer constituyen entre sí un consorcio para toda la vida, ordenado por su misma índole natural al bien de los cónyuges y a la generación y educación de la prole, es el fundamento de la familia, patrimonio y bien común de la humanidad. Así pues, la Iglesia no puede dejar de anunciar que, de acuerdo con los planes de Dios, el matrimonio y la familia son insustituibles y no admiten otras alternativas».

Demos gracias a Dios por todo lo que hemos recibido de nuestras familias y pidamos a Dios por ellas para que sean expresión del amor de la familia de Nazaret.

Pidamos también por las familias que están pasando por una situación difícil para que encuentren caminos por los que superar sus dificultades. Y pidamos que los que gobiernan los destinos de los pueblos apoyen la institución familiar para que siga siendo el soporte principal de nuestra sociedad.

Que el Señor bendiga a nuestras familias. Amén.